



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ CLAVIJO Y FAJARDO, POR YOLANDA ARENCIBIA

José Clavijo y Fajardo

Por Yolanda Arencibia

Quién es

José Clavijo y Fajardo nació en la villa de Teguise (Lanzarote) en marzo de 1726. Tras iniciar su educación en el convento de San Pedro Mártir de Las Palmas y completarla en materia de Leyes con el regente de la Real Audiencia de Las Palmas, marcha a la Península. En 1749 está en Madrid como secretario del comandante don José Vázquez Priego. Comienza entonces una etapa de buenas relaciones en la Corte que le permiten ocupar plaza en la Secretaría del Despacho Universal de la Guerra (1750). Entre 1756 y 1761 viaja por distintas ciudades española y por Francia. En París se relaciona directamente con insignes ilustrados de la época, entre ellos con Voltaire y con el naturalista Buffon, a quien traduciría con gran acierto. En 1763 es nombrado Oficial del Archivo del Estado, consigue el privilegio especial de la publicación de *El Pensador* y lleva adelante la iniciativa de publicación de un periódico semanal del *Estado Militar de España*, que perdurará durante casi un siglo. En 1764, Pedro Agustín Caron de Beaumarchais, un francés hábil para la intriga y escritor de regular talento, le denunció por el incumplimiento de la palabra de matrimonio dada a una hermana suya; y el asunto sobrepasó los límites de lo privado para conseguir apartar a nuestro escritor temporalmente de su cargo de Archivero Real y, al parecer, de la Corte. También logró convertirle en asunto central de diversos dramas literarios: primero, en dos textos de Beaumarchais (el drama *Eugénie* y un fragmento de su *Memorias*) y en otros textos franceses, y por fin en la tragedia en cinco actos titulada *Clavijo*, que estrenó en Hamburgo en 1775 el gran J. W. Goethe. En la época hubo otros textos sobre el problema, y no faltaron los exculpatorios: el primero y el más decidido fue el de José Viera y Clavijo, al hilo de la “Biblioteca de Autores Canarios” que incluyó en las páginas de su *Noticia histórica de las Islas Canarias*. Tal vez no mereció la cuestión el efecto que produjo, pues no dejó de enturbiar momentáneamente la opinión de escritor autorizado y serio, y de “pensador” reconocido y considerado que merecía de José Clavijo.

Durante 1764-1767 José Clavijo permaneció alejado de la Corte. De regreso, en 1767, recibe del ministro Campomanes el nombramiento de Oficial Mayor para la correspondencia de los asuntos relativos a la ocupación de los bienes de los jesuitas, y en 1770 Carlos III le nombra Director de los



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ CLAVIJO Y FAJARDO, POR YOLANDA ARENCIBIA

Teatros de los Reales Sitios, lo que le permitió contribuir do a la corrección de gran parte de los dramas que se representaron en su tiempo. En 1773, y por orden del ministro Grimaldi, continúa la publicación del *Mercurio histórico y Político de Madrid* que había dirigido el orotavense Tomás de Iriarte, labor en la que continúa hasta 1779. En 1776 abre sus puertas el Gabinete de Historia Natural de Madrid, a partir de una curiosa colección de minerales, esqueletos, animales disecados y otras curiosidades; y a ese Gabinete aparece ligado Clavijo desde su creación: primero como Bibliotecario y Formador de Índices, como Vicedirector después, y siempre como nombre de referencia del Gabinete para todos los ministros reales. En 1800 el rey Carlos IV le concede el título de Miembro del Tribunal de la Contaduría de Mayor del Consejo de Hacienda. Asimismo, ingresa en las Academias de Historia Natural de Berlín y de Copenhague y se le acoge como miembro especial en la Sociedad de Amigos del País de Las Palmas. Falleció en Madrid el 3 de noviembre de 1806.

Valor y significado de su obra

Clavijo y Fajardo fue estimado traductor y excelente autor de artículos de crítica social; pero lo más representativo de su obra es la publicación de periódico ilustrado semanal *El Pensador* cuyos números se estructuraron en seis volúmenes entre 1762-63 y, tras un silencio, en 1767.

El Pensador se estructura en "Pensamientos": 13 corresponden al tomo I, 14 a los tomos II y III, 10 al tomo IV, 19 al tomo V y 15 al tomo VI. En semejanza con *The Spectator* inglés, Clavijo organizó sus Pensamientos de manera variada y flexible añadiéndoles el atractivo personal de la amenidad que consigue su atractiva y cercana prosa.

En la estructuración de los contenidos, fluctúa entre dedicar a una cuestión concreta varios Pensamientos consecutivos, y -las más de las veces- apuntar un tema en uno o dos ensayitos abandonándolo luego. En los temas clave, vuelve -pensamientos adelante- a una cuestión previamente apuntada, y es extraño que quiebre el curso de un asunto para dar noticia de una carta "recién recibida". Fluctúa también Clavijo en el modo de exposición de los temas: bien entra en cuestión directamente a partir de una reflexión propia, bien se vale de supuestas sugerencias de lectores en forma de cartas (que se transcriben), o en forma de "mensajes" de esos mismos lectores (que se comentan y se desarrollan), o bien acude a una autoridad reconocida para, desde una opinión o comentario, abordar cuestiones concretas.



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ CLAVIJO Y FAJARDO, POR YOLANDA ARENCIBIA

El objeto indiscutible de la publicación del *El Pensador* -se repite insistentemente- es la utilidad, concepto muy del día que concreta Clavijo en el afán de cooperar en la educación moral y artística de los ciudadanos. Como no podía dejar de ocurrir en su mente de estructuración clásica y metódica, el Pensamiento I deja claros ante el lector el porqué y el cómo de la publicación: su motivo, su objeto, su finalidad, su método y los detalles colaterales del tiempo y el lugar de publicación. Así, en la Introducción, que llena el Pensamiento I ("que servirá de Prólogo", indica el propio autor) queda explícito que el objeto del *El Pensador* es mostrar utilidad para "mejorar a los hombres" del hoy y del mañana desde la experiencia y la observación del prójimo; que la complicación de la tarea imponen como vía metodológica la variedad; y que "el papel" estará a disposición de los lectores los lunes en la librería Orcel de la calle de la Montera. Quedan explícito igualmente los porqués genéticos del texto: la satisfacción personal del afán por manifestar las ideas que en el cerebro bullen respecto a "la menor cosilla en orden a las costumbres, a la política, al idioma, o a cualquiera de aquellas, que miran a la sociedad, a la vida, a las Artes, a las Ciencias"; el deseo de aprovechar el tiempo propio criticando, "sin genio satírico, sin maligno humor, sin rencor y sin venganza", al "tipo humano" que se esconde tras los nombres ("Clelia, Celio, Tiresias o Aristipo") de quienes aparecerán en distintos momentos del texto para ejemplificar defectos y virtudes. Aparte de los lemas de satíricos latinos que figuran en las portadas de los distintos tomos, abundan en la sucesión de los Pensamientos las referencias a autoridades (Pitágoras, Catón, Juvenal, Plinio, Cicerón, El Pinciano, Riccobini, etc.), bien citándolos al hilo de una idea, bien reproduciendo directa o indirectamente porciones de sus textos con un alto sentido del reconocimiento de la autoridad, principio clásico por excelencia que aconsejaba -casi imponía- seguir de cerca a los maestros imitándolos con rigor textual, aunque "la experiencia hará ver, que el Pensador no convierte en mérito propio el trabajo ajeno" (I, I). En el conjunto de los Pensamientos y como buen Ilustrado, Clavijo se perfila como un luchador incansable frente a los viejos tópicos sociales y artísticos de su tiempo: la educación, las costumbres, los entretenimientos, el teatro, etc. Destacó como combatidor decidido de los Autos Sacramentales, a la desaparición y condena de ellos contribuyó: lo que le costó ser acusado de anticlerical.

Don José Clavijo y Fajardo, nacido y formado en uno de los lugares más alejados de la cultura de su tiempo, va a ser un de los hombres clave más representativos de España dentro de las corrientes de la Ilustración europea. Coincidió en la Corte con otros importantes ilustrados canarios: los Iriarte (don Juan, don Bernardo, don Domingo y don Tomás), y también con Viera y Clavijo, en los años más que fructíferos de la etapa nacional e internacional del futuro arcediano de Fuerverventura.

ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ CLAVIJO Y FAJARDO, POR YOLANDA ARENCIBIA

Correspondió precisamente a Viera anotar los primeros datos sobre la obra, la vida y la significación de José Clavijo en la relación de *Canarios Ilustres* con que completó el texto de su *Historia general de las Islas Canarias*.

Bibliografía

Pragmática del Zelo, y desagravio de las damas, 1756.

El Tribunal de las Damas, copia auténtica de la Executoria que ganó la Modestia en el Tribunal de la Razón, representado por las Damas juiciosas de España, 1756.

El Pensador Madrid, Imprenta J. Ibarra, 1762-1767.

TRADUCCIONES:

Diccionario de las herejías del abate Pluquet.

Conferencias y Discursos sinodales sobre las principales obligaciones de los eclesiásticos que hiciera del obispo de Clermont, el Ilmo. Sr. D. Juan Bautista Masillon; 1769 (2 tomos), 1773 (t. 3).

Andrómaca, de J. Racine,

El heredero universal, El Vanaglorioso y el Saynete nuevo. Beltrán en el serrallo (comedias en prosa).

Continuación del *Mercurio histórico y Político de Madrid* que había dirigido el orotavense Tomás de Iriarte (1773).

- *Historia natural, general y particular* de Georges Louis Leclerc, Conde de Buffón, (20 tomos) con prólogo y notas.

REFERENCIAS:

ARENCIBIA, Yolanda, “Los ilustrados Canarios en Madrid. José Clavijo y Fajardo”, en *Historia crítica. Literatura canaria. El siglo XVIII, Volumen II*. Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 2003, pp. 319-355.

ESPINOSA, A. *Don José Clavijo y Fajardo*. Las Palmas, Cabildo Insular, 1970.

NUEZ., S.de la, *José Clavijo y Fajardo (1726-1806)*. Las Palmas, Ed. del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1990.

Recursos: <http://mdc.ulpgc.es/pensador>



Selección de textos

FRAGMENTOS DE *EL PENSADOR*

Encaminados siempre a la defensa de los principios ilustrados, *El Pensador* aborda muy diversas materias. Los textos recogen fragmentos de tres “pensamientos” que refieren a aspectos distintos de la sociedad del XVIII: el teatro, los usos sociales y la educación.

Se han actualizado la ortografía y la puntuación.

PENSAMIENTO IX. *Sobre la Tragedia y la Comedia*. Tomo 1, pp. 249-262.

Gracias a Dios que ya empiezo a ver el fruto de mi trabajo, y que mi Pensamiento sobre Comedias ha dado motivo a que los españoles despierten del letargo y hagan ver a los extranjeros, que sobran en España genios sublimes, que saben reformar el Teatro, y en quienes no son forasteras las gracias, la propiedad y la invención.

Gracias a Dios, digo otra, y mil veces, que, si los López, los Calderones, los Solises y otros talentos de nuestro país corrompieron el Arte de la Comedia, o fomentaron el mal gusto de ella, en nuestros días y a nuestra misma vista despiertan y se levantan poetas más fecundos, y talentos de orden superior, cuyas excelentes producciones bastan para poner en su lugar el crédito de la Nación, destruir las críticas derramadas contra su teatro, y dejar nombres gloriosos y Comedias dignas de la posteridad.

Ya se habrá, sin duda alguna, conocido, que esta repetida acción de gracias recae sobre las dos Comedias que estamos viendo en nuestros Teatros. De ellas hablo, en efecto: la fama, el renombre, y la celebridad de estas dos bellas fiestas habían llegado a mis oídos, y una casualidad me obligó a ver la una y tener noticias de la otra. Es, pues, el caso, que el martes último llegó a esta Corte un caballero americano, hombre hábil, y de más que mediana instrucción. Trájome cartas, en que varios amigos me encargaban le hiciese ver las cosas más notables de este laberinto, y lo acompañé hasta que, como suelen decir, pudiese andar por su pie. Condescendí gustoso a esta súplica; y pareciéndome que a un hombre de su capacidad nada podía serle más grato, ni darle ideas más justas del gusto que reina en la Corte que el teatro, lo llevé al Coliseo del Príncipe, donde se representaba una comedia nueva, *notissima fama*.

Con impaciencia esperaba el caballero que se diese principio a la fiesta; y mientras



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ CLAVIJO Y FAJARDO, POR YOLANDA ARENCIBIA

empezaba, preguntó a otro que estaba a su lado cual era el título de la Comedia. Respondióle este, que se intitulaba, *la piedad del hijo vence la crueldad del padre, y Real Jura de Artajerjes*. Volvióse a él muy seriamente el americano, y empezó entre los dos el diálogo siguiente:

–Pues esta no puede ser Comedia: será alguna tragedia. –No señor mío, es Comedia, y muy Comedia. –¿Cómo puede serlo si los personajes que anuncia el título son Reyes y personas ilustres, y la acción es nada menos que la Jura de un rey de Persia? –Según esto, usted ha visto pocas comedias, señor mío. –Es verdad porque en el país en que he nacido, no hay Teatro; pero he procurado instruirme en este arte, tanto con los maestros griegos y romanos en las excelentes obras que nos han dejado, como en lo modernos, entre los cuales, algunos han llevado este Arte hasta el último grado de perfección. –Sus estudios de usted serán muy buenos; pero le han servido de poco, cuando extraña el que Príncipes y Reyes hablen en la Comedia. Por esto es bueno viajar, y ha hecho usted muy bien de venir a Madrid, donde dentro de seis meses habrá visto muchas comedias, y en ellas hablar no sólo reyes y príncipes sino obispos, cardenales, papas, y frailes, con su lego al lado; y también verá como este leguito se arremanga el brazo, como se emborracha, las gracias que dice, los puñales que saca, y la vehemente tentación, sensible a los ojos de todos, y como la resiste con mucha edificación, y ejemplo del pueblo; y será cosa que quedará usted pasmado de admiración. Y esto todavía es nada. Usted verá hablar a la muerte, a la envidia y al diablo; y al mismo tiempo a san Juan Evangelista, a la Virgen Santísima, al Padre eterno, y a toda la corte celestial. Aunque, si he de decir la verdad, no deja de repugnarle un poco ver, que el bribón que no ha dos horas se estaba divirtiendo en la taberna, venga a hacer el papel de Cristo; y la mujer poco honesta, que acaba de dejar al majo y cuya vida llena de impurezas es notoria, venga a hacer el papel de la Virgen Purísima. Pero ello ahora no es del caso, y sólo se lo he dicho a usted para que no extrañe que esta pueda ser Comedia. –¿Y todo esto que usted ha citado, hay en las Comedias? –Sí señor, y en las Comedias famosas. –Admirado me deja lo que usted dice, y no me permite pensar otra cosa sino que aquí se carece absolutamente de ideas relativas al Teatro. Lo que yo he visto en los Maestros del Arte, y lo que he observado en todas las Naciones cultas, es que siempre han distinguido la Tragedia de la Comedia.

El objeto de la Tragedia es inspirar horror a los grandes delitos, y amor a las virtudes sublimes. Para conseguir este fin, busca el ingenio una acción, que debe ser por sí misma grande y heroica. La ponen entre personajes de la más alta esfera. Los reyes y los héroes son casi los únicos de que se sirve. A más de querer cautivar la atención con el interés de la acción y los demás medios



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ CLAVIJO Y FAJARDO, POR YOLANDA ARENCIBIA

de verosimilitud, decencia y propiedad, para conseguir la ilusión, alma del Teatro, sin la cual, o es un cadáver frío, o una farsa ridícula, quiere también interesar con la estimación y el nombre de las personas que lo forman, para inspirar respeto o conmover a lastima. Pone en contraste la virtud con el vicio. Hace perseguir a la inocencia por la tiranía. Coloca la virtud en los estrechos más terribles, en los combates más violentos; y la hace sufrir con constancia. El corazón humano es sensible. El genio se aprovecha de esta sensibilidad; y conduciéndolo paso a paso de una pasión a otra, le va haciendo sentir con delicia y placer todos los diferentes objetos que le presenta. Ya es el terror con que lo espanta y amedrenta: ya es la lástima con que lo ablanda y enternece; y sucesivamente, de modo que, para decirlo así, conmueve la sensibilidad natural y la pone en ejercicio. Así un corazón acostumbrado a esta especie de impulsos, nacidos de la frecuente magia con que el Teatro lo conmueve, se hace más dulce, más benéfico, más piadoso. Allí desenvuelve todas las virtudes morales cuya semilla tenía en el corazón y que el cultivo de los buenos ejemplos que le presenta el Teatro, hacen brotar. Allí se le pinta el horror de los delitos y la hermosura de la virtud con toda la fuerza que les pueden dar unidas la Poesía y la Elocuencia. Allí aprende a detestar el uno y a amar a la otra; y las impresiones que dejan los buenos ejemplos que se le presentan son tan vivos que no hay hombre por malvado que sea que, dueño de escoger la situación de cualquiera de los personajes, no prefiriese la del inocente oprimido a la del delincuente dichoso. Así todos los grandes talentos han llamado a la tragedia la Escuela de la virtud, y el arte de hacer a los hombres humanos y buenos.

Pero para conseguir tan altos fines (sin entrar en otros medios que contribuyen a la verosimilitud y a la ilusión que pedirían examen más prolijo) se vale siempre del todo grave y patético, como conviene al carácter de las personas y al interés de la situación en que se hallan: excluye toda familiaridad aunque seria y mucho más las familiaridades indecentes y las bufonadas ridículas. Todo en ella es alto, todo grande No se calza sino el coturno. Ni puede tratar sino de grandes intereses, ni pueden hablar sino personas ilustres. Reyes, príncipe, héroes, etc., no son buenos sino para la tragedia; así como para la Comedia no pueden serlo sino personas del pueblo y de mediana esfera.

La Comedia, al contrario, es simple y jocosa. Su objeto es corregir las ridiculeces de los hombres. Los hombres son malignos, y llenos de amor propio. Los defectos de nuestros semejantes los vemos con complacencia; pero somos tan sensibles a la ridiculez, que nuestro amor propio se lastima; y quien conoce el corazón humano sabe que lo domina y lo corrige más el miedo del



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ CLAVIJO Y FAJARDO, POR YOLANDA ARENCIBIA

desprecio y la burla, que el horror del delito, o el temor del castigo.

El Genio, que conoce esta disposición del corazón humano, se aprovecha de ella. Sabe los defectos dominantes del país en que escribe, y cuan poderosa es la fuerza del ejemplo en los hombres: que un ejemplo a propósito les persuade más que un largo discurso, o un sermón sabio; y pone sobre el teatro en acción aquel mismo defecto, cargando al sujeto que lo presenta de toda la ridiculez que le corresponde. Aquel es un retrato que presenta a los ojos de todos. El amor propio es ciego; pero la conciencia tiene ojos. A pesar de la ilusión que le hace el propio amor, el remordimiento le da sus aldabadas. Halla que el retrato se le parece. Ha visto las consecuencias de aquel defecto, los riesgos a que expone, el desprecio que acarrea; y, o ha de ser insensible, o ha de pensar en corregirse: con la ventaja de que en esta corrección no se mortifica su amor propio. No es una corrección que se le da en particular; no cree público su defecto: su corazón es quien se lo descubre; y así, sin que su vanidad se humille, la misma vanidad le mueve a corregirlo para no exponerse a la burla o al desprecio.

Este es santo fin de la buena Comedia, tanto más necesaria cuanto está destinada para el público que no lee otros libros ni tiene otra educación. Su influjo es poderoso sobre los hombres; y así, la buena Comedia es tan capaz de reformar un Pueblo y de mantenerlo reformado, como la que presenta malos ejemplos es capaz de pervertirlo o mantenerlo corrompido. Por esto todos los grandes hombres han dicho siempre que este debía ser uno de los principales objetos del Gobierno, como que esta es la educación pública, y la que únicamente puede formar las costumbres de los pueblos. Por esto todas las Naciones cultas han tenido gran cuidado de sus Teatros, y se ha observado que ellos han florecido en el tiempo en que estaban en su mayor lustre las Letras y las Armas.

(...)

PENSAMIENTO XVII. *Las Tertulias*. Tomo 2, pp. 95-124.

Quéjense algunos de los que leen mis pensamientos de que la mayor parte de los que he publicado hasta aquí, se dirigen más a las señoras que a los hombres; y no ha faltado quien ha mirado esta preferencia como un encono poco cortes y algo indecente. No me empeñaré en rechazar este baldón, bien que injusto. Baste decir que si fuera menos apasionado de las prendas



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ CLAVIJO Y FAJARDO, POR YOLANDA ARENCIBIA

naturales que adornan a las damas, no repararía tanto en los defectos con que suele afearlos en algunas la mala crianza que les dieron sus padres, o los errados consejos de la lisonja. Si no bastare esta satisfacción, procuraré dar otras en lo sucesivo; y por ahora suplirá la de este Pensamiento en que, dejando los estrados y andando de tertulia en tertulia, nadie hará papel sino los hombres.

Antes que llegase a experimentar este humor pensativo que se ha apoderado de mí, tuve algún tiempo en mucha estimación estas juntas o academias *vespertinas* que llaman *Tertulias*, y deseé con ansia concurrir a ellas, por lo mucho que me las habían alabado. Las consideraba como una escuela de que podía sacar mucho provecho, porque, según había oído decir, se formaban de hombres de letras de todas clases, teólogos, juristas, filósofos, poetas, críticos, etc., que, por medio de una amistosa conversación, se comunicaban mutuamente todas las noches las varias especies que habían adquirido con el estudio del día. Valime para introducirme en ellas de un amigo mío que las conocía todas, y que las había observado con cuidado para dar asunto a su genio algo bufón y propenso a la mordacidad, que disimulaba con un semblante naturalmente serio. Hizo cuanto pudo para quitarme la vocación de tertuliente; pero, a pesar de todas las ridiculeces que me refirió, no pudo persuadirme, y le fue forzoso darme gusto. No tardé en arrepentirme de mi obstinación: bien presto conocí que si las asambleas habían sido de provecho en algún tiempo, yo había tenido la desgracia de conocerlas demasiado tarde, y que sólo podía andar tras de ellas algún ocioso que pensase en recoger materiales para pintar al natural el abuso de las letras, o escribir el elogio fúnebre de la urbanidad.

(...)

La segunda tertulia a donde fuimos se juntaba en casa de un Literato que verdaderamente tenía traza de haber leído mucho y en quien una penetración singular se hallaba unida con una memoria portentosa. Sobre cualquier asunto que le preguntasen respondía al instante con bastante oportunidad; pero vertía luego un torrente de erudición tan descomunal, que si llegaba por fin a dejar de hablar, lo que sucedía muy rara vez, se quedaba en ayunas el curioso, confundido con la disparatada muchedumbre de noticias. A este flujo de boca juntaba aquel memorión dos circunstancias, que inutilizaban muchísimo su aplicación: mucha escasez de juicio, y grandísima y ciega veneración a Aristóteles, con cuya autoridad quería imponer silencio a sus tertuliantes. Nunca hablaba sin citarle, fuese o no del caso, como sucedió aquella misma noche, que con un montón de textos de aquel filósofo griego quiso probar su parecer sobre la cuestión de si el chocolate quebranta el ayuno.



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ CLAVIJO Y FAJARDO, POR YOLANDA ARENCIBIA

(...)

(Siguen dos ejemplos más de tertulias negativas, enjuiciadas con humor y cierta mordacidad).

Ya ha hecho usted sus pruebas, me dijo mi conductor al salir de la tertulia de este frenético: es tiempo de que lo introduzca en la casa de N. donde verá una Tertulia sin pedantes: tertuliantes sin pedantería, y eruditos sin afectación en quienes la cortesía da un nuevo realce a la advertencia. N. es un Caballero, que no se precia de saber, aunque sabe; no admite gentes en su casa para que admiren su erudición, sino para dar lugar a cada uno de hacer lucir a tiempo la suya. Hermosea el conocimiento, más que mediano, que tiene de varias Ciencias, con un juicio muy sólido, y un gusto igualmente fino que seguro, con lo que ha formado una Librería muy selecta de libros de instrucción y de deleite. La moderación se su ánimo lo ha librado del furor de los partidos: nadie domina en su Tertulia: quien decide en ella sobre los asuntos es el dictamen de la razón.

Esta pintura tan aventajada de la tertulia de Don N. me dejó sin sosiego, hasta que tuve la fortuna de conocerla. La primera vez que fui presentado, me recibió con un noble despejo y una natural afabilidad, en la bien se echaba de ver, que en él la aplicación había siempre corrido parejas con el trato de la buena compañía. Hízome varias preguntas muy discretas, con las que procuró darme lugar a tocar algunos puntos de la ciencia a que le habían dicho que yo me había dedicado. Supe después que así solía practicarlos con todos los recién introducidos en su Tertulia; porque no era de aquellos, que creen hábil a un hombre solo porque lo oyen decir. Halló adecuadas mis respuestas, y me convidó a concurrir a su casa cuando quisiese, lo que practiqué conforme deseaba.

Los Tertuliantes no eran muchos; pero tan escogidos que aunque pocos, abrazaban juntos todos los ramos de las letras. Nos juntábamos siempre a una hora señalada, y empezaba la conversación por hablar de los libros recién publicados: se hacía su crítica con gran moderación: todos los Jueces eran inteligentes, porque todos estaban muy instruidos, y nunca se mezclaba la Historia secreta de los autores con la censura que hacíamos de sus obras.

Las Comedias, la declamación de los cómicos y su modo de accionar, solían dar mucho asunto a nuestras reflexiones. Hablábase algunas veces de las Bellas Artes: otras de Comercio y Política: otras de Derecho Público; y otras de la necesidad de las Matemáticas. Por fin, todo asunto útil tenía el derecho de ocuparnos; y si alguna vez llegaba a ser demasiado seria nuestra conversación, procurábamos divertirla, refiriendo Pasos de alguna Comedia representada el mismo día.



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ CLAVIJO Y FAJARDO, POR YOLANDA ARENCIBIA

Ninguna materia se apuraba en esta Tertulia: Se decía de las que ocurría hablar lo que bastaba para imponer en los principios a los que la ignoraban; y sobre todo, nadie tenía la pesada libertad de molernos con citas de Autores, porque á todos los despreciábamos luego que la razón no hablaba en abono de sus dictámenes.

Dos eran las Leyes, que se observaban con más rigor en aquella Tertulia, y que la buena crianza debiera hacer observar en todas partes: nunca hablaban dos tertuliantes a la vez, y a ninguno se le permitía el hacer degenerar en disputa la conversación.

Esta Tertulia fue la Escuela donde aprendí en seis meses más de lo que me habrían enseñado en diez años en la Universidad. Concurrí a ella mientras vivió don N. que por mi desgracia murió a pocos meses después de haberlo yo conocido. Su muerte separó para siempre la Tertulia, sin que hasta ahora se haya formado otra, que se le parezca.

PENSAMIENTO XIX. *Sobre algunos viajeros y modo de que los viajes sean útiles.* Tomo 2, pp. 159-188.

Ya deben saber los que me leen que mi natural curiosidad me conduce a todas partes a examinar del modo que puedo los vicios y las ridiculeces de los hombres, que de algún tiempo a esta parte son mi único estudio. Así no debe causar admiración verme introducido unas veces en las tertulias, otras en los Estrados, algunas en el paseo y no pocas en la comedia. Mi ánimo es aprender en la conducta de los hombres a reformar la mía, y volverles para su corrección las lecciones que ellos mismos me han dado.

Concurrí días pasados a una casa donde había cierto español recién llegado de correr Cortes. Alegreme a los principios, porque me había propuesto solicitar una conversación particular con este viajero a fin de instruirme en varios artículos tocantes a la policía, gusto y literatura de las naciones que él acababa de tratar; pero me duró poco el gozo que había concebido en mi proyecto. Mi español empezó a aturdirnos las cabezas con una declamación tan descortés contra los españoles, sus costumbres y talentos, y a hacer tan grosero alarde de su parcialidad a favor de las naciones extranjeras, que no sólo me hizo dudar si había nacido en el seno de España sino que me pareció que, a cualquiera que tuviese menos ideas de la utilidad de los viajes, hubiera sido capaz su desatento proceder de persuadirle que estos sólo sirven de pervertir el juicio y hacer despreciables a

ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ CLAVIJO Y FAJARDO, POR YOLANDA ARENCIBIA

los hombres.

Jamás he dudado que los viajes sean útiles a las naciones. Los hombres son como las flores y los árboles que, si no se trasplantan, rara vez logran aquellas toda su hermosura y estos el dar frutos sazonados. Los viajes dilatan por precisión las facultades del alma, la apartan de muchas preocupaciones nocivas al bien de la sociedad y la hacen conocer puntos fundamentales de observación y de conducta que no llegan a nuestra noticia cuando no salimos del rincón en que hemos nacido, o cuando sólo conocemos a los extranjeros por los libros.

Un hombre que viaja, se halla precisado a ver y tratar naciones de quienes puede aprender mucho y cuya cultura, urbanidad e industria lo han de admirar muchas veces, por más estúpido que lo supongamos. Un viajero debe andar siempre, por decirlo así, con la combinación en las manos: observar el gobierno de los pueblos por donde pasa y enterarse de los varios sistemas de legislación de que proviene la discrepancia de las naciones. Merecen ocupar su atención la naturaleza y espíritu de las leyes, los medios puestos en práctica para hacerlas observar, el poder de los Pueblos y los principios de que dimana; las causas de su decadencia, y el influjo que todo esto tiene sobre el papel que hace una Nación entre las demás que forman con ella un sistema político.

No sólo reduce a estos puntos sus observaciones el que viaja con ánimo de lograr una instrucción útil a su patria. Examina con igual cuidado las Artes y Ciencias que florecen en los países que ve, averigua la protección y fomento que encuentran en el gobierno; el uso que este hace de la aplicación de los particulares: el arte con que sabe dirigirla al fin de su constitución; y sobretodo procura indagar cuál es el talento dominante de cada pueblo. Un hombre que hubiere viajado de esta manera, puede ser de grande utilidad en la República: de vuelta de su giro debe conocer mejor a su misma misma nación: con la facilidad de combinar, que ha de haber adquirido combinando continuamente en sus viajes, compara lo que ha visto fuera con lo que es práctica en su país: ve lo le falta y lo que le sobra: toma de cada Pueblo lo que le parece más digno de ser imitado y más análogo al genio de sus compatriotas; y acierta mejor con los medios que han de contribuir a una reforma que introduzca lo que falta y destierre lo que daña.

(...)

Un español que se propone viajar, además de las miras comunes a todo viajero sensato, debe tener la de contribuir por su parte a borrar el bajo concepto que tienen de nosotros los extranjeros. No es esto imposible, ni es difícil, como lo presumen algunos. Añada el español a una cortesanía regular, que bien puede adquirir entre los suyos, un conocimiento mediano de los



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ CLAVIJO Y FAJARDO, POR YOLANDA ARENCIBIA

escritores que en otros tiempos ilustraron a España, y de los libros publicados con objeto de desterrar algunos abusos que reinan en ella, y con esto hará callar a aquellos extranjeros superficiales y atrevidos que, confundiendo los tiempos y el tronco con las ramas, nos consideran como hombres que nunca pensaron, y como fomentadores obstinados de algunos males cuyo remedio nunca estuvo en nuestra mano. Por esto no culpo del todo a los extranjeros, que nosotros mismos trabajamos poco en desimpresionar fomentadores obstinados de algunos males cuyo remedio nunca estuvo en nuestra mano. Por esto no culpo del todo a los extranjeros, que nosotros mismos trabajamos poco en desimpresionar. ¿Qué pueden pensar en efecto de nosotros cuando ven a un español que ha salido de su tierra con la doble certeza de la mala crianza civil y literaria, que se le ha pegado en los patios de un colegio, o entre los pedantescos alborotos de una universidad? ¿Cuándo ven que nuestra conducta da crédito a tanta relación hecha por algunos viajeros de otras naciones, que habiendo venido a España sólo por ganar dinero, no pesaron mientras estuvieron aquí sino en averiguar si eran de ley los doblones que cayeron en sus manos?

(...)

Para evitar en lo posible los abusos que frecuentemente cometen los viajeros, quisiera yo que, antes de emprender ellos su peregrinación, se hallasen adornados de aquella política, amenidad de espíritu, dulzura y arte de ganar las voluntades, que son tan esenciales para hacerse estimar en el comercio del mundo, y que sólo se adquieren en la juventud. También quisiera que tuviesen algún conocimiento de literatura, poseyesen algunas de las lenguas vivas, y se hubiesen formado un cierto estilo para la conversación y los escritos, que sin ser el que ordinariamente se llama florido, lleno de tropos, y figuras, tuviese gracia y energía. Con estos principios tendrá bastante cualquiera para hacerse un buen lugar entre las gentes: circunstancia sin la cual es imposible aprovechar en los países extranjeros, donde el nacimiento, la riqueza y otras ventajas accidentales, son inútiles para lograr ser admitido en la buena sociedad, si el merito personal no las acompaña.

(...)

Mas no todo el Pensamiento se lo han de llevar los viajeros: el modo con que acá acostumbramos recibir las luces adquiridas por tal cual que ha viajado como filósofo, merece también su párrafo. Entre nosotros han tomado algunos ya por estribillo el tratar de herejes a los que leen libros o han corrido países extranjeros. Si uno de ellos procura sacarnos de alguna de aquellas preocupaciones que nos salieron al encuentro al empezar a tener uso nuestra razón, y que



ARCHIPIÉLAGO DE LAS LETRAS
JOSÉ CLAVIJO Y FAJARDO, POR YOLANDA ARENCIBIA

ordinariamente suelen acompañarnos el resto de la vida, al instante levantan el grito los ignorantes, y lo dan por sospechoso en la religión. ¿Pero esto acaece sólo cuando se controvierte algún punto dogmático? No por cierto: en todas materias sucede lo mismo. Los necios tienen un amor propio más tenaz que todos los demás hombres: miran como desaire el que se les haga conocer que han vivido en error; y estiman más continuar en él a pesar de la razón que dar su brazo a torcer, como suelen decir. ¿Vense atacados en alguna materia? ¿No hallan modo de salir victoriosos del lance, o porque las razones del antagonista son tan sólidas que no admiten réplica, o porque su falta de instrucción no les permite replicar? El modo de quedar airosos les muy fácil. Acógense al sagrado de la Religión: tratan a su contrario de *Ateo*, declaman contra las ruinas que acarrea la lectura y la comunicación de gentes y libros extraños; y el vulgo, con quien suelen estar acreditados, no sólo les da por suyo el campo de batalla sino que mira al contrario con el mismo oprobrio que merecería si fuere cierta la calumnia. Delante de semejantes gentes necesita un viajero, o un hombre instruido ir con mucho tiento en las materias que trate. Solo el oírle hablar de *oscilacion, cohesion de partes, fuerzas centrales, percusión directa u oblicua, fibras elásticas* u otros semejantes términos de la física, basta y aún sobra para que lo declaren rotundamente por hereje, o lo destinen al infierno, como hizo nuestro Quevedo con el Abad Trithemio, por su inocente Esteganografía, que creyó invocación de espíritus infernales. Tan ridículos como esto suelen ser nuestros compatriotas, a quienes tiene cuenta tal vez fomentar la ignorancia, aborreciendo todo cuanto pudiera contribuir a desterrarla: hombres que miran como vanos los principios de la ciencias naturales que nunca llegaron a saludar, y como peligrosos sus adelantamientos; que no saben el cuidado con que muchos de los Santos Padres procuraron cultivar sus entendimientos con el estudio de las Ciencias profanas; que ignoran que en Francia, Alemania y aún en Inglaterra, hay católicos igualmente fervorosos que ilustrados; y en Italia y en Roma mismo, capital del orbe cristiano y centro de nuestra Religión, se cultivan y promueven aquellas Ciencias que ellos se esmeran en despreciar y perseguir; hombres por fin, en cuyo concepto son inseparables la advertencia y la impiedad, e incompatibles el Catolicismo y la Ilustración.

¿Cuándo llegará el día en que tengamos juicio y discernimiento, y en que, sin ser esclavos de la necia credulidad ni de la preocupación, miremos las cosas con ojos filosóficos? Yo no lo sé. Bien podría hacer alguna profecía política que tal vez no saldría errada; pero esto de profetizar no es un Pensador.